

## SEXTA CONFERENCIA

## CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO

—o—

Henos ya en el santuario del templo hipocrático. Allí se eleva el altar de los sacrificios humanos; este es el lugar secreto, en el que se verifican los misterios de la disolución perpetua de la vida.

Eso templo es tan antiguo como el mundo; quiero decir, que la terapéutica es tan antigua como el mundo, ya lo sabéis. También sabéis que el arte de curar nació del primer grito de dolor, de la gota de sangre de la primera herida, y de la primera cuerda rota en la escala armónica de nuestro organismo.

Ahora bien, en las edades primitivas, y aun durante mucho tiempo, la terapéutica debió de ser muy sencilla; pero, poco á poco, las alteraciones de la vida se fueron complicando, y el arte de curar se fué complicando también, por la misma razón, porque, no lo olvidéis,

la terapéutica toma su origen directo de la patología.

Hasta allí, el hombre no había aun tratado de darse cuenta de la causa de las enfermedades y el remedio marchaba al lado del mal, de una manera muy natural; pero no tardó en querer sondear ese misterio; y un poco más tarde, extraviado en las tinieblas y supersticiones del paganismo, creyó en las causas ocultas, entonces eran los dioses quienes enviaban la enfermedad, como castigo, y, para apaciguar la cólera de las divinidades, se inmolvaban víctimas á sus furioses.

Después, poco á poco, de esas causas ocultas y misteriosas, se descendió á las causas más materiales, más visibles y más tangibles, y cada uno quiso tener su opinión y hacerla valer con exclusión de las

demás; y entonces, comenzó á tejerse y á desarrollarse, esta trama á la que cada nuevo hilo, agrega un matiz. Entonces comenzó á estallar esta tempestad, cuyos vientos enemigos agitan todavía á todas las banderas doctrinarias. Entonces comenzó á levantarse este mar caprichoso, cuyas ondas han llegado hasta nosotros, y azotan todavía el umbral de nuestras Escuelas.

Lancemos una sencilla mirada rápida y analítica, sobre esta historia tan obscura, y pasemos.

Es evidente que todos los médicos han tratado de curar las enfermedades, según la idea que ellos se han formado de su origen.

Así, unos haciendo depender las enfermedades de la efervescencia de diferentes sales que existen en los líquidos del cuerpo, y de una fermentación química que de ella resulta, querían obtener la curación por medio de la expulsión del fermento morboso, por medio de remedios alexifármacos.

Otros, viendo desarreglos en las palancas, las ruedas, los movimientos de los líquidos, etc., pusieron en juego los principios de las matemáticas, de la mecánica y de la hidráulica. En esta época se aplicó á la medicina, la teoría física de Newton.

Según otros, las enfermedades provienen de un exceso ó de una

diminución de fuerzas, y entonces, el tratamiento consiste en disminuir ó en sostener esas fuerzas, y en nunca permanecer en la inacción.

Estos, no ven sino humores que envenenan al cuerpo, esforzándose en barrerlos por evacuantes.

Aquéllos no ven sino microbios y no dan más que microbicidas

En fin, otros acusan á la sangre de estar en mucha abundancia, de fluir á las partes enfermas y la atacan por medio de la lanceta, sanguijuelas y ventosas.

Y además, se apela también á los medios morales, contra las oscilaciones del alma que perturba las funciones; á las virtudes místicas, y á las propiedades curativas de tal ó cual superstición; y después, avanza el cortejo insidioso de los remedios mágicos, de las fórmulas cabalísticas, de los medios secretos, y de esos mil arcanos de los algebristas y curanderos.

Detengámonos, porque ir más lejos, sería hacer, como ya os lo he dicho, la historia de todas las locuras humanas.

Examinemos la verdadera faz de de la terapéutica, aquella que los Alópatas llaman con el nombre, demasiado pretencioso, de «medicina racional.»

Que el anciano de Cos, que el inmortal Hipócrates, el fundador de la Escuela Griega, sea el padre



de la medicina, ó que haya salido de las tinieblas egipcias, poco nos importa. El es, sea de ello lo que fuere como ya lo hemos visto, el comienzo del árbol genealógico, del que nuestras Escuelas son las últimas ramificaciones.

Este genio inmenso y casi divino, engendró dos hijos, que entraron en lucha desde su cuna: formuló este principio: «Los contrarios se curan por los contrarios;» y este otro: «los semejantes se curan por los semejantes.» Pero inmediatamente después de su nacimiento, el mayor trató de sofocar á su hermano menor, y quiso imitar la envidia sangrienta de Cain hacia Abel. Mas esta vez, Abel no murió; y, después de haber escapado al ataque fratricida, se abrió una ruta solitaria á través de las edades, y marchando siempre invisible al lado del mayor, conservó siempre sus títulos de origen real, para hacer valer más tarde sus derechos á la corona. Dejémosle, algún día le encontraremos.

El hijo mayor de Hipócrates fué, en cierto modo, después de la muerte de su padre, adoptado por Galeno, el príncipe de la Escuela Griega.

En efecto, fué Galeno quien calentó y animó el principio de los «contrarios.» Ese principio engen-

dró á otros dos: la «revulsión» y la «substitución.»

Así, los médicos alópatas oponen á las enfermedades, medicamentos que les son «contrarios,» ó medios que las desalojan, ó procedimientos que las balancean y las destruyen, produciendo otras enfermedades artificiales.

Algunas reflexiones y algunos ejemplos bastarán para explicarnos. Un río llega impetuoso, y amenaza inundarlo todo. Hay varias maneras de vencerlo. La alopatía conoce tres: oponer á la corriente, otra corriente que llegue en sentido contrario, y, más fuerte que ella, la rechace, y la obligue á retroceder el camino.

A esta corriente, abrir uno ó varios canales laterales, para darle un escurrimiento más fácil y más inocente. En fin, contra esta corriente, levantar un dique que la detenga, ó la encadene. La Alopátia emplea uno de estos medios, ó todos á la vez.

Dejadme decir, anticipadamente que la Homeopatía, para neutralizar las fuerzas de esta corriente enemiga, no conoce más que un sólo medio: Ir á la fuente y secarla.

LOS CONTRARIOS SE CURAN POR LOS CONTRARIOS.

Este sistema es el filón más rico que se ha descubierto en la mina del error.

Y ante todo, ¿qué cosa es lo contrario de una cosa? Reflexionad bien antes de responder, porque la respuesta no es fácil. Dos cosas son contrarias, cuando son opuestas en su esencia y en su modo de ser: pues bien, dos cosas así contrarias, no hallaréis muchas.

Sobre esto hay en el mundo, ideas muy falsas que presentan, sin embargo, un matiz engañoso de verdad. Así, se os dice todos los días, el frío, es lo contrario del calor; la sombra, es lo contrario de la luz; el silencio, es lo contrario del ruido, etc.

Error, el frío, no es sino un grado más ó menos negativo del calor; la sombra, la ausencia más ó menos completa de la luz; el silencio, el reposo del aire que duerme; porque el calórico está en todas partes, y todo vibra en la naturaleza.

De esta manera es como el mal no es lo contrario del bien; la mentira, lo contrario de la verdad; la salud, lo contrario de la enfermedad, etc.

Guardaos, pues, de precipitar vuestro juicio sobre ciertos modos antagonistas, que parecen contrarios á primera vista y que, en realidad, no son sino los grados más ó menos remotos, de una misma escala. No quiero citaros más que un ejemplo:

¿Que hay más contrario en apariencia, que el MAS y el MENOS? y sin embargo, lo menos no es lo contrario de lo más. Reflexionad, y tomad un termómetro: el primer grado bajo cero, es un grado menos; el primer grado sobre cero, es un grado más; ¿siguese de aquí, que estos dos grados sean contrarios? No, puesto que el grado MENOS, no indica sobre la escala, sino dos grados de calor más bajos que el grado MAS.

Entonces, cuando oigáis decir que los médicos tratan á las enfermedades por los contrarios, no lo creais, y responded enérgicamente; esto es imposible.

Qué se necesitaría, en efecto, para oponer un tratamiento contrario á una enfermedad? Sería preciso conocer la esencia de las fuerzas radicales de nuestro organismo, y la «naturaleza íntima» de las enfermedades. Ahora bien, ya os lo he dicho, todos esos secretos dormirán siempre bajo el velo del misterio más profundo. ¿Cómo, entonces queréis oponer un término á otro término, que no conocéis? Para juzgar de la relación de dos cosas, es preciso, ante todo, conocer esas dos cosas. Sería preciso conocer, ante todo la naturaleza de la enfermedad, y no la conocéis, sería preciso, después, conocer el remedio en su esencia y su esfera de ac-



tividad, y, esto, tampoco lo conocéis.

Os lo digo y me atrevo á afirmároslo: EN GENERAL, es tan imposible hallar lo CONTRARIO de una enfermedad, y oponerle ese medio, como oponer sobre el mismo cauce y sobre el mismo plano inclinado, una corriente que sube y una corriente contraria que baje.

Así os veríais muy perplejo si os preguntase cuál es lo contrario de la viruela, del sarampión, de la escarlatina; cuál es lo contrario del reumatismo y de la gota; cuál es lo contrario de una fiebre intermitente ó tifoidea, etc., etc.

En vano me diréis, que un piquete de lanceta, es lo contrario de una congestión sanguínea, de una fluxión de pecho, por ejemplo. — Os responderé que en este caso no hacéis medicina, sino, muy sencillamente, un acto físico é hidráulico; vacíais los vasos, disminuís la masa de un líquido contenido en un recipiente, más no hacéis lo contrario de la enfermedad.

En vano me diréis, que un purgante es lo contrario de la constipación. — Os responderé que obtendréis como resultado precisamente el efecto que queréis combatir. Ignorais, pues, ó queréis desconocer el fenómeno de la reacción vital; purgad, obtendréis evacuaciones abundantes, pero, por el efecto

reaccional de las fuerzas vitales, obtendréis consecutivamente, una constipación más marcada que la primera, más difícil de vencer.

Así es también cómo la diarrea no es lo contrario de la constipación, la debilidad, lo contrario de la robustez; y la sangría lo contrario de la congestión.

Así es, en una palabra, como en el dominio de las teorías, buscaréis los CONTRARIOS, y no los encontraréis; así es, cómo pediréis á los fabricantes de sistemas, el de los CONTRARIOS, y no lo obtendréis; así es, cómo en la investigación de los CONTRARIOS, rondando en el vestibulo de vuestras ricas Academias, llamaréis á todas las puertas, y jamás se os abrirá.

REVULSION, DERIVACION. — Este es el segundo principio de la terapéutica alopática: os diré mejor, «que en la práctica,» este es el principio único, puesto que el de los contrarios, no es sino una ilusión. En tal virtud, daré más desarrollo á este artículo, por comp. <sup>re. ver.</sup> hablando con propiedad, casi toda la terapéutica de la antigua Escuela.

Entendámonos, primero, respecto á la significación real de ciertos términos escolásticos.

El sistema que consiste en tratar las enfermedades, por medicamentos que produzcan efectos contra-

rios á los de esas enfermedades, se llama Enantiopatía, de las dos palabras griegas: «Enanthios,» contrario, y Pathos, enfermedad.

El que consiste en tratar las enfermedades, por diversos medios capaces de desviar la actividad morbosa, llevándola de un órgano á otro, se llama Alopátia; de «Allos,» otro, y Pathos, enfermedad.

Aquél, en fin, que consiste en tratar las enfermedades por medicamentos capaces de producir efectos semejantes á los de esas enfermedades, se llama Homeopatía; Homoros, semejante, y Pathos, enfermedad.

Guardaos bien de confundir con la Homeopatía, á la «Isopatía;» de «isos,» igual, y «Pathos,» enfermedad. Este sistema, si pudiese existir, trataría las enfermedades por los «mismos» agentes que las hubieran producido: por ejemplo, los accidentes del mercurio, por el mismo mercurio.

Digamos, ahora, lo que debéis de entender por «Revulsión» y «Derivación.»

Cuando, para combatir una enfermedad de un órgano, se ejerce sobre otro órgano una acción atractiva, antagonista, se dice que hay «revulsión,» si esta maniobra afecta un punto lejano del órgano primitivamente afectado, y «deriva-

ción,» si la maniobra es vecina. Un ejemplo hará comprender mejor este sistema. Suponed una congestión en la cabeza; si se practica una sangría en el pie, habrá «revulsión;» y habrá «derivación,» si se hace en una vena del cuello.

Algunas palabras os harán conocer el fundamento de ese sistema; fundamento que ha sido puesto por Hipócrates, y sobre el cual una Escuela moderna, pretende haber levantado el monumento de la terapéutica.

El obrero que edificó el cimiento principal, es Barthez; desarrolló sus principios en su «Memoria sobre las fluxiones.»

«Llamo FLUXION, dice, á todo movimiento que lleva la sangre, ú otro humor, á un órgano particular, con más fuerza, siguiendo otro orden que el estado natural.»

Después de haber distinguido los estados fluxionarios en locales y generales, Barthez agrega: «La parte que determina la fluxión sobre un lugar más ó menos lejano, como cuando una lesión del hígado produce una epixtasis, esta parte se llama la PARS MANDANS, y aquella y sobre la cual se verifica la fluxión es llamada PARS RECIPIENS.»

La primera parte es, pues, en este ejemplo, el hígado enfermo, y la



segunda parte, la nariz que sangra.

Hace años, que la cuestión de la revulsión fué debatida en la Academia médica de París. Hubo, como siempre, el PRO y el CONTRA, un campo se estableció de cada lado, y la lucha fué de las más animadas y más violentas. Los campeones más famosos de ambas partes bajaron á la lid, rompieron sus lanzas; pero la suerte del combate quedó en suspenso. Esto es lo que pasa siempre en las Academias.

M. Marchal (de Calvi), quien en un largo artículo sobre esta discusión, tomó la defensa de la revulsión, habla de Barthez, en estos términos: «Barthez, en medio de sus libros y en el silencio del gabinete» compuso una doctrina obscura, en la que los preceptos son, como capiteles sobre fustes de caña, en donde el razonamiento impera, con exclusión de la práctica.»

Nadie ha juzgado mejor á Barthez como M. Marchal. Le doy plena razón cuando le llama el «metafísico» de la medicina.

Ahora bien, Barthez, es el inventor de la revulsión, y Marchal, el defensor de esta doctrina, «notad estos dos puntos.....»

Y M. Marchal no quiere perdonar á M. Malgaigne, el más famoso detractor de la revulsión, el peque-

ño pecado de la murmuración contra Barthez.

El ilustre profesor de Montpellier, habla de las hemorragias críticas, de la nariz derecha, que alivian el hígado, de la nariz izquierda, que alivian el bazo, de los cauterios, vegigatorios, etc., que desalojan á las enfermedades.

M. Malgaigne cita todo esto á la Academia, y repite con la más fina sonrisa: «Después de haber leído semejantes cosas, etc., será posible hablar todavía de los principios de la revulsión? ¿Semejante nombre conviene á esas sabias quimeras? Oh! si bastáse ser ampuloso para pasar por profundo, por lo que toca á la revulsión, la profundidad de Barthez, es difícil de sobrepujar. ¡Y esto es lo que se ha aceptado como una doctrina, por la mitad de la Francia médica!»

¿Queréis algo más claro y más explícito? Cuando se pregunta á la Escuela de Montpellier, y á ciertos partidarios de la revulsión, en la Escuela de París, de donde toma origen el principio de esta doctrina ellos remontan inmediatamente á Hipócrates, y os citan invariablemente el aforismo siguiente: *DUOBUS DOLORIBUS, NON IN EODEM LOCO, SIMUL OBORTIS, VEHEMENTIOR OBS-CURAT ALTERUM*. De dos enfermedades que aparecen, no en el mis-

mo órgano, la más fuerte obscurece á la más débil.

Todos los alópatas, y sobre todo, M. Marchal, ven en este aforismo, toda la doctrina de la revulsión. Por lo que á mí toca, absolutamente la veo. Comprendo la verdad práctica del principio de Hipócrates; pero no comprendo, que pruebe la revulsión. He visto, por ejemplo, en estos últimos días, á dos niños, teniendo á la vez, el croup y el sarampión; el sarampión era muy fuerte y ha sofocado al croup más débil que él. Comprendo esto, y lo comprenderé, siempre que dos enfermedades se manifiesten con una intensidad desigual. Pero cuando en una enfermedad cualquiera, una fluxión de pecho, por ejemplo, hacéis una sangría, aplicáis sanguijuelas ó vegigatorios, ¿ponéis ante una enfermedad ya existente, una ó más enfermedades artificiales? Acaso pretendéis llamar enfermedad á una sangría, á las sanguijuelas, á los vegigatorios? Era preciso, sin embargo, conforme al principio hipocrático, balancear una enfermedad por otra enfermedad.

Establecido esto, M. Malgaigne se pregunta cuáles son las doctrinas de la otra mitad de la Francia médica y prosigue: «La Escuela de Montpellier, dice, reprocha á menudo á la Escuela de París el no tener doctrinas. Ahora, por lo que

toca á la revulsión, jamás reproche alguno fué más merecido. De esas doctrinas antiguas ó modernas, debería decir de esos «malos romances,» la Escuela de París no ha conservado más que el lenguaje. Llamamos todavía á los cauterios exutorios, aun cuando nadie crea que ellos «despojen á la economía de sus humores pecantes.» En cuanto á decir justamente lo que ellos hacen, en cuanto á establecer principios, una doctrina, la Escuela de París jamás se ha ocupado seriamente de ello.... No, no tenéis doctrina de la revulsión, porque para esto os falta, primeramente: «una teoría que dé cuenta del modo de acción de los agentes llamados revulsivos;» y en segundo lugar, un conjunto de preceptos prácticos que arreglen su empleo.»

Se han respondido á estos ataques de M. Malgaigne... muchas cosas... pero nada capaz de derribar sus afirmaciones ó sus negaciones. Pregunto, si se ha respondido, sobre todo, y si se pudiera responder á su primer punto. «Os falta una teoría que dé cuenta del modo de acción de los agentes llamados revulsivos.» Se han guardado bien de responder á esta cuestión, jamás se ha tocado, nadie ha querido quemarse los dedos.

Hablad, pues, aun de la autoridad de Galeno, y buscad, pues, en



sus escritos materiales para apuntalar la doctrina de la revulsión, M. Malgaigne os dirá: «Por lo que á mí toca, no veo en ella ni principios ni doctrina; yo veo á un sueño que brotó una noche en la cabeza de Galeno, y que la noche siguiente reemplazó con otro.»

Finalmente, escuchad las últimas palabras del sabio orador: «Sí, lo digo á nuestra juventud médica, cuando os encontréis una doctrina como la de la revulsión, que no se apoya ni en principios, ni en hechos serios, atacadla valerosamente, y no temáis tratar ligeramente una cosa ligera.»

M. Bousquet quiere defender á la teoría de la revulsión contra M. Malgaigne y sus demás detractores, pero, embarazado por las dificultades inmensas de una mala causa, se deja arrastrar á la parte de sus adversarios, y, al fin, se encuentra en su campo. Escuchad la conclusión de su discurso.

Después de haber hablado del abuso de los exutorios: «Tenemos sin duda, dice, ideas más sanas y más serias, pero ellas conceden demasiado á la revulsión. No es tan fácil como se cree, cambiar la naturaleza de sus vías y llevarla á donde no quiere ir. La revulsión no tiene en cuenta eso, y se presenta siempre para intentarlo.»

«Sus agentes son numerosos, ella

ha sabido aprovechar para su uso toda la materia médica. Lo que no puede explicarse por la acción directa de los medicamentos, se explica indirectamente por la revulsión. Por lo tanto, su reinado no está próximo á terminar. Hay que decirlo claro, los revulsivos son el recurso de la ignorancia, que no sabe qué hacer; y lo son también de la ciencia que ha agotado sus recursos. Pocos enfermos mueren, ya de enfermedades agudas, ya de enfermedades crónicas, sin sinapismos ó vegigatorios; esto es frecuentemente una señal de angustia, un grito de alarma, y esta práctica ha entrado tan bien en las ideas del pueblo, que el médico que falte á ellas no conocería todos los recursos de su arte, y no habría cumplido con su deber.»

¿Se diría después de esto que M. Bousquet ha defendido la revulsión?

Viene en seguida, M. Piorry, que toma á la doctrina de la revulsión, y la ahoga sin piedad; sus aserciones son muy explícitas: no hay ni revulsión ni derivación para ese sabio profesor, y esas palabras deben ser proscritas del lenguaje científico. «porque son inútiles, porque confunden en una misma expresión las cosas más disímbolas, y, porque, en fin, en vez de esclare-

cer los hechos, los hacen confusos é ininteligibles.»

«La doctrina que estas palabras representan es una logomaquia de las teorías galénicas y árabes, relativas á los humores. Los modernos que han teorizado sobre el principio vital, sobre las propiedades vitales, etc., han hecho viajar á estas por revulsión ó por derivación, como los antiguos á la materia pecante, que creían era susceptible de numerosas y fantásticas peregrinaciones.»

En fin, M. Chomel en su tratado de patología general, no hace mención de la revulsión ni de la derivación, y esas dos palabras no se hallan en la tabla alfabética de su tercera edición, «aunque considerablemente aumentada;» M. Alquié, no deja de arrojar esta omisión al rostro de la Escuela de París.

He aquí, á esta famosa doctrina de la revulsión, juzgada por los grandes maestros.... ¡ALOPATAS!.... Tened mucho cuidado con su juicio, que hace autoridad, y no creo que apeléis á otra corte, cuando la que es favorable á la revulsión, no ha sabido defenderla.

¿Os atreveríais, después de todas estas confesiones, y esta solemne condenación, á hablarnos todavía de los revulsivos y de los derivativos?

Como tendremos más tarde que

desarrollar todas estas ideas, he querido dar alguna extensión á la discusión de su principio, á fin de que la nulidad de esta pretendida doctrina, sea una vez probada por todas.

Bastará, según creo, que menciono solamente aquí, el principio de la «substitución;» principio engendrado por las teorías que acabamos de examinar, y muy mal disfrazado, para que no se reconozca en él, á la revulsión ó á la derivación, por consiguiente, paso.

MATERIA MEDICA.—Este asunto presenta tres facetas principales: la «posología,» la «polifarmacia,» y la «experiencia de las curaciones.»

Todas estas cosas van á hacerse claras, por cortas explicaciones.

La «posología» determina las dosis, á las que los medicamentos deben ser administrados, respecto á la edad, al sexo, al temperamento, etc., etc.

Los médicos alópatas no desprecian nuestros glóbulos, sino porque están acostumbrados á dar los remedios á dosis macizas y algunas veces enormes; y en el mundo, nuestras botellas de agua clara no excitan la risa y la burla, sino por su comparación con las botellas negras de los boticarios.

Uno de mis clientes me decía el otro día:—«¿Cómo esto puede hacerme algo? Porque no tiene ni co-